

SEXTO SUBSIDO
ITINERARIO de CONVERSIÓN
PERSONAL y COMUNITARIA
2015 - 2018



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín

“BUSQUEMOS SIEMPRE, SIN DESCANSO, LA FECUNDIDAD DEL AMOR”

ÍNDICE

- Pág. 2 Introducción
- Pág. 3 Objetivos
- Pág. 3 La conversión de la voluntad en San Agustín
- Pág. 16 Renovar la pasión de la vida: de la mano del Escriba

INTRODUCCIÓN

La historia de la conversión de Agustín es fascinante, pero larga y compleja. Él sabe muy bien que primero hay que cambiar al hombre, para que se cambien las obras. Si el hombre permanece siendo malo, no puede producir obras buenas; y si continúa siendo bueno, no puede producir obras malas (Sermón 72,1).

La conversión de la mente iniciada con la lectura de los libros neoplatónicos, continúa en el libro octavo de las Confesiones con la lectura de las cartas paulinas y abre la última etapa de su conversión: LA CONVERSION DE LA VOLUNTAD. Liberada la mente de las estructuras que le impedía a Agustín divisar nuevos horizontes más allá del materialismo maniqueo, inicia un nuevo proceso que esta vez tocará su voluntad. En el jardín de Milán, Agustín experimenta un cambio profundo de su voluntad, al punto que ya no buscaba esposa, ni tampoco abrigaba esperanza alguna en este mundo. El ardor de la Palabra de Dios cambia la dirección de su voluntad, de sus amores y decide consagrarse plenamente al servicio de la Verdad, de un modo diferente a como él lo había pensado.

Junto con Agustín hemos recorrido estos caminos; ahora, como nos lo recuerda nuestro lema pastoral de este año, queremos seguir buscando, sin descanso, y alcanzar, como nuestro Padre la fecundidad del amor, que se da y es posible con una conversión de la voluntad, una voluntad centrada y unificada en el amor, que es caridad, fuente de vida, unidad, y fecundidad. En esta última etapa dejemos inquietar por el amor que llevó a Agustín a ponerse plenamente al servicio de la Verdad y del Amor.

Para iniciar este último tramo, este primer subsidio cuenta con dos artículos. El primero que nos hace una introducción sobre la tercera conversión de Agustín. La conversión de la Voluntad. Texto del P. José Guillermo Medina OSA. El Segundo, en cambio, de Dolores Aleixandre RCSJ, De la mano del Escriba, nos hará una aproximación teológica-bíblica sobre el tema. Texto extraído de su libro Buscadores de Pozos y caminos.

OBJETIVOS **Objetivo 2017**

Conocimiento de sí mismo, de nuestros amores que direccionan y orientan nuestra vida, nuestras opciones y decisiones.

Objetivo Especifico 2017

- Redescubrir a Dios como centro y eje de nuestra vida, como nuestro Amor Pondus.
- Revisar y reorganizar nuestros amores, deseos y afectos a través del ejercicio del ordo amoris.
- Revitalizar en nosotros el ardor, pasión y el entusiasmo por nuestra vocación y consagración religiosa a Dios a través del encuentro con la Palabra, la Oración –contemplación y la Eucaristía.

OSA: LA CONVERSION DE LA VOLUNTAD EN SAN AGUSTIN

Texto P. José Guillermo Medina OSA

Tal era mi situación e n aquellos momentos. Alipio se dio cuenta del estado en el que me hallaba, por no sé qué expresión que formulé al levantarme y donde se notaba que mi voz estaba cargada de lágrimas.

El se quedó en el lugar donde estábamos sentados. Estaba aturdido. No sé cómo caí derrumbado a los pies de una higuera, y solté las riendas de mis lágrimas y se desbordaron dos ríos de mis ojos, sacrificio que te es aceptable. Si no con estas precisas palabras sí con este sentido, te dije cosas como éstas: Tu Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuando vas a estar eternamente enojado? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades pasadas. Al sentirme prisionero de ellas, daba voces lastimeras. ¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿por qué no ahora mismo? ¿por qué no poner fin ahora a mis torpezas?

Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición mi corazón. De repente oigo una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando y repetía muchas veces: ¡toma y lee! ¡toma y lee! En ese momento, con el semblante alterado, comencé a reflexionar atentamente si en algún tipo de juego los niños acostumbraban cantar algo parecido, pero no recordaba haberlo oído nunca. Conteniendo, pues, la fuerza de mis lágrimas, me incorporé interpretando como un mandato que me venía de Dios no era otro que abrir el códice y leer el primer capítulo con que topase.

Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del evangelio, que había oído por casualidad, lo había tomado como dicha expresamente por él. La lectura era esta: anda a vender todo lo que posees y dáselo a los pobres. Así tendrás una riqueza en el cielo. Y luego vuelves y me sigues. Este texto provocó una inmediata conversión.

Así, pues, me apresuré a acudir al sitio donde estaba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol cuando me levanté. Lo tomé en mis manos, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que me vino a los ojos: nada de banquetes con borracheras, nada de prostitución o de vicios, o de pleitos o de envidias. Mas bien, revístanse de Cristo Jesús el Señor. No se conduzcan por la carne, poniéndose al servicio de los impulsos. No quise leer más ni era necesario tampoco. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí que una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda.

Mi convertiste de tal modo a Ti que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo. Por fin, ya estaba situado en aquella regla de fe en que hacía tanto años le habías revelado que yo estaría.

La reestructuración, la conformación, comenzada con la lectura de los libros neoplatónicos, continua en el libro octavo de las Confesiones con la lectura de las cartas paulinas, última etapa de su conversión. Liberada la mente de las estructuras que le impedía a Agustín divisar nuevos horizontes más allá del materialismo maniqueo, inicia un nuevo proceso que esta vez tocará su voluntad. En el jardín de Milán, Agustín experimenta un cambio profundo de su voluntad, al punto que ya no buscaba esposa, ni tampoco abrigaba esperanza alguna en este mundo. El ardor de la Palabra de Dios cambia la dirección de su voluntad, de sus amores y decide consagrarse completamente al servicio de la Verdad, de un modo diferente a como el lo había pensado. Después de esta experiencia, se retira a Casiciaco, dejando atrás proyecto futuros de casamiento y de su carrera pública, para dedicarse al estudio y contemplación de la Verdad, en el silencio de la oración, y de esta manera dar un nuevo rumbo a su vida inspirado en otros paradigmas.

Pero, para comprender mejor y poder entrar en el proceso que

Agustín describe es conveniente volver sobre las primeras páginas del libro octavo. En estas páginas el describe con mucha elocuencia su estado de ánimo. El siente que su querer estaba dominado por el enemigo que lo aferraba a una cadena que mantenía preso y reconoce su condición espiritual diciendo que su corazón estaba profundamente herido y dilacerado (X 41.66). Se reconoce esclavo, disforme, manchado y ulcerado, capturado y enredado en los placeres del mundo. Esta situación pone en evidencia una voluntad esclava y dividida: Mi voluntad estaba en manos del enemigo. De ella había forjado una cadena con la que me tenía aprisionado. En efecto, de la voluntad pervertida, nace la pasión, de servir a la pasión nace la costumbre y de la costumbre no combatida el vicio. Con esto a modo de eslabones trabados entre sí me tenía sometido en dura esclavitud (VIII 5.10).

Se produce en el íntimo de su corazón una violenta lucha interior que llega a transformar su alma y su fisonomía, y en donde nadie podía interferir. En el vaivén de mis vacilaciones hice muchas cosas con el cuerpo que a veces los hombres tratan de hacer y no pueden por no disponer de los miembros requeridos, por tenerlos atados con ligadura, debilitados por la enfermedad o impedidos por cualquier otra causa. Si me tiré de los pelos, si me golpee la frente, si con los dedos entrelazados oprimí las rodillas, lo hice porque quise. Este combate interior hasta con repercusiones físicas le da a Agustín la oportunidad para reflexionar sobre su voluntad; se inicia, por tanto, una *exploratio voluntatis*, que le permitirá luego reorientar su vida hacia nuevos horizontes.

Agustín fue el primer autor de occidente latino en desarrollar un concepto de voluntad. Nadie antes que él se puso en la tarea de reflexionar con tanta profundidad y fineza sobre esta capacidad del hombre, pero a pesar de que esta idea haya ocupado un lugar central en su pensamiento, no nos dejó, como es su costumbre, una explicación sistemática de la naturaleza y las funciones de la voluntad. Sus reflexiones las encontramos diseminadas en todas sus obras. Como todos los autores clásicos, Agustín atribuye diferentes significados a un mismo término de acuerdo a lo que en esos momentos está queriendo transmitir. Así encontramos además del significado común de voluntad como el poder o facultad del alma que mueve un ser hacia una u otra dirección, otros significados como deseo, intención,

finalidad, anhelos y afectos. De estos usos diferentes podemos formular en el pensamiento agustiniano tres posibles definiciones de voluntad. Primero, la voluntad como libre movimiento de un alma racional; segundo como consentimiento y tercero como amor. De estas tres solo la primera puede considerarse como definición formal.

En la descripción de su estado antes de su conversión, en el libro octavo, predomina más el significado de voluntad como amor. Ella es asociada a los deseos, emociones y afectos que orientan su vida. La voluntad en este sentido podríamos decir que es considerada como lo que mueve y conduce un elemento hacia otro, en este caso, el hombre al objeto amado o deseado. Partiendo de estos términos, la reflexión toma características propiamente agustiniana y su *exploratio voluntatis* se convierte en un momento para meditar e incursionar en el amor.

Para Agustín el amor es una ley óntico-existencial. El amor da sentido a nuestra vida, en el nacemos, nos movemos y existimos. Nadie puede por lo tanto existir sin el amor. El amor no habita lo inexistente, sino el ser, la persona y lo abraza, lo envuelve y lo mueve. Todos nosotros somos movidos por este impulso, por este deseo primario, innato, natural para amar lo que debemos amar. De esta manera, el amor se convierte en el motor de nuestra vida que nos conduce, nos impulsa hacia una vida auténtica. Somos hombres condenados al amor y en el encontramos nuestra realización, pero a pesar de esto, comúnmente decimos que encontramos serías dificultades para amar. ¿Será que es tan así? Creo que nuestra dificultad no radica tanto en la capacidad para amar, sino en la elección del objeto de amor y en el modo de amar. La capacidad la tenemos, pero no sabemos usarla. Agustín en las Confesiones descubre esta capacidad, esta fuerza, este impulso, este movimiento. El siente que el amor lo abraza, lo envuelve, lo impulsa, pero al mismo tiempo descubre que existe también en él una desviación de su amor-voluntad; descubre que su modo de amar se encuentra desordenado porque se encuentra amando lo que no debería ser amado.

En su profunda crisis, Agustín descubre algunas cosas de gran importancia que lo ayudarán en su proceso. Primero la confirmación de su profundo deseo de amar. El se siente un ser en el amor y para el amor. Por eso lo único que buscaba era amar y

ser amado, así lo confiesa en sus primeros libros. La segunda constatación es su dispersión, su desorden fruto de una desviación de su amor. Ama, pero no ama lo que debía amar. El percibe que en su vida fue cambiando su verdadero amor por otros amores que se convirtieron en sus objetos de amor. En la dispersión, el redescubre contemporáneamente que el verdadero y único bien a ser amado es Dios, pero se siente impedido para amarlo porque se encuentra preso de su propio jugo. Me retorció bajo mis ataduras esperando una ruptura total con lo poco que me retenía. Pero aún seguía reteniéndome (VIII 11.25). En un determinado momento, buscando el motivo que su impedimento y desorden, Agustín hace una pregunta fundamental y clarificadora: ¿cuál era el origen de esta absurdo? Y el mismo se responde: El alma manda al cuerpo y éste obedece al punto. Manda el alma al alma y ésta se resiste. Manda digo que quiera y no hace lo que manda. Luego no quiere totalmente. Por eso no manda totalmente, porque en tanto manda en cuanto quiere. En tanto no se hace lo que manda en cuanto no quiere. La voluntad manda querer. Y no se lo manda a otros, sino a sí misma. Luego no manda plenamente, y por eso, no hay ejecución que responda su mandato. Por eso, concluye Agustín, es una enfermedad del espíritu, porque a pesar de estar sustentada en la Verdad, no consigue enderezarse totalmente, por estar abatida por el peso del habito (IX 21).

En estas palabras comienza a vislumbrarse en el pensamiento de Agustín el concepto de orden. El alma ordena el querer, los deseos, los amores. Ella tiene la capacidad de ordenar, de establecer un orden en su amor según un orden que trasciende la temporalidad en el que ella misma se encuentra y según el cual está llamada a vivir. Muchas veces el hombre en vez de amar la totalidad, se encuentra amando la parte y ordena su vida, sus amores, sus deseos en función de esta parte. Esta inversión del orden que confunde y cambia la totalidad por las partes puede ser producida por una enfermedad del alma ya que por naturaleza, es decir, por un orden universal está siempre orientada a amar la totalidad. Y esto hace de que el hombre establezca un segundo orden paralelo al universal y viva según este orden.

Profundicemos ahora en este concepto de orden que ocupará un lugar central en esta fase de su conversión y para ello, por la proximidad de su pensamiento, tomaremos la teoría del *ordo amoris* de Max Scheler. Según este autor, en el hombre existen

dos tipos de orden. Uno llamado ordo amoris normativo, que más que una realidad impuesta por Dios es una realidad originariamente humana: el hombre es un ser que ama. Y en cuanto ama, lleva en su íntimo un núcleo que lo conecta con el ordo universal en el que se da un orden de valores tal como es revelado por Dios. El ordo amoris universal corresponde a una realidad atemporal, que se da de forma independiente del hombre, pero esta independencia no significa que sea extraña al hombre en cuanto que depende de él. Todo nuestro actuar, sea cierto o errado, depende de que exista un orden justo y objetivo y este orden corresponde al ordo amoris universal, pero para que este ordo amoris se convierta en una norma objetiva se necesita que una vez conocido sea ofrecido a la voluntad.

Llevamos por lo tanto en nuestra naturaleza impreso un orden que nos orienta hacia lo que estamos llamado a ser. Esta orden es el ordo amoris normativo. Pero sabemos por nuestra propia experiencia que no siempre somos ni actuamos según lo que estamos llamados a ser. En otras palabras, no siempre somos o actuamos conforme a nuestro orden interior. Ante esta realidad, Scheler introduce la idea de un ordo amoris descriptivo o empírico, que el hombre posee fácticamente. Este orden engloba en su distinción una doble posibilidad: la posibilidad de realizar o no el ideal prefigurado en el ordo normativo. Cuando Agustín habla en el libro octavo de las dos voluntades se refiere a esta doble posibilidad que posee este ordo amoris descriptivo. El conflicto se da, por tanto, en la aplicación y vivencia práctica del ordo amoris normativo y por eso Agustín siente que hace lo que no quiere citando la experiencia de san Pablo.

En la experiencia de conversión, Agustín descubre la existencia de un contraste evidente entre el ordo amoris normativo y el ordo amoris descriptivo; entre lo que está llamado a ser y lo que es. En otras palabras podríamos decir que el descubre la incoherencia entre su vocación y la vida que estaba viviendo. Su deformidad, que experimenta, se debe al hecho de que no está viviendo según su esencia y por eso mismo se siente deforme. Para vivir según su vocación y realizarse debe por tanto buscar eliminar o disminuir el contraste existente entre estos dos ordo amoris. Su crisis interior, a las puertas del Jardín de Milán, relata este momento en el que Agustín busca desesperadamente restablecer esta orden descriptiva en conformidad con su orden interior o normativo.

En nuestra vida también experimentamos este desfase entre nuestros valores escogidos como religiosos y religiosas y los valores que vivimos en el día a día. Ya mencionábamos este tema cuando tratamos el tópic de los valores y los conflictos que se pueden generar entre las necesidades y los valores escogidos libremente, que al no ser resueltos debidamente, se traducen en incoherencia de vida. Esta incoherencia de vida se debe en gran parte a la falta de coherencia entre nuestro ordo amoris normativo y el descriptivo. Para superar esta dificultad, este desfase, es necesario reorganizar nuestros amores o valores según nuestro ordo normativo.

Este trabajo de reorganización se realiza para Agustín con el ejercicio del Ordo Amoris. Max Scheler, a propósito de este tema, sostiene que la propuesta agustiniana de un ordo amoris es la llave para la comprensión de la vida humana y del gran secreto del mundo. En su famoso libro, Ordo Amoris, argumenta que en la vida nos encontramos con un mundo de objetos sensibles y espirituales que tocan constantemente nuestro corazón y nuestras pasiones. Mi autenticidad personal depende de poder obtener un orden justo sobre mis gustos y disgustos, mis amores y odios, mis intereses e incertezas, o sea, alcanzar mi propio ordo amoris. Lo que significa que para conocer la esencia de una persona, lo que estima y sus preferencias, basta solamente conocer bien su orden de amor y de odios. El ordo amoris, por tanto, nos da el núcleo de la persona, la moral fundamental del individuo. Por eso dice Max Scheler que quien posee el ordo amoris de un hombre posee al hombre mismo. Lo respeta. Lo mismo podríamos decir de un pueblo. Agustín dice que para saber lo que es un pueblo, basta con conocer lo que ama (Civ Dei XIX 24). El ordo amoris es el núcleo del corazón del hombre, es la fuente original de la que surge su vida, su destino, sus proyectos, sus inclinaciones y resistencias, atracciones y repulsiones.

Esto quiere decir que la dispersión habría roto el núcleo original de Agustín haciéndolo romperse en mil pedazos o mil amores. Debido a esta situación se impone la necesidad de una reorganización. En este contexto, todas las Confesiones se convierten en una invitación que se extiende también a los lectores para unirse a él en esta análisis de sus amores y el lugar que deben ocupar en la escala de valores. Este ejercicio, que se impone a lo largo de toda la vida, exige una revisión de nuestro ordo amoris para conseguir un equilibrio que se ajuste lo que más pueda

a nuestro ordo amoris interior. Las Confesiones ilustran claramente este proceso y ejercicio de ordenación: del amor llamado cupiditas (II.1) al amor llamado caritas (XIII 7.8); del amor egoísta al amor que es donación. En la historia de Agustín vemos como é comienza amando lo que antes odiaba y odiando lo que antes amaba.

La reorganización de sus amores, le permite descentrarse de sí mismo para centrarse en Dios. Y este nuevo centramiento cambia radicalmente el orden de su corazón y de su propio ordo amoris. En otras palabras diríamos que su conversión fue un amor que reencontró nuevamente su centro, es decir, Dios. La recuperación de esta centralidad hoy en día es necesaria para mantenernos fieles a nuestra vocación como religiosos y agustinos. Si la vida religiosa no es capaz de recuperar este ordo amoris normativo originario, será cualquier cosa, menos vida religiosa. La reorganización de nuestros amores, el ejercicio del ordo amoris, nos ofrece la oportunidad de volver nuevamente hacia lo esencial, hacia nuestro primer amor, hacia aquello que da sentido y direcciona nuestra vida como consagrados y consagradas.

En la crisis actual, e incluso la irrelevancia actual de la vida religiosa, el ordo amoris, puede ayudarnos a resituarnos en el centro de lo que somos y repensar desde allí el futuro de nuestra vida. En estos tiempos necesitamos repartir desde Cristo. Él es la roca firme sobre la que construimos nuestras comunidades y nuestro proyecto de renovación comunitaria y apostólica. Jesucristo es el hijo de Dios hecho hombre. Nuestro redentor, nuestro salvador, nuestra fuerza y motivación, nuestro camino y nuestra verdad. Él es nuestro ideal de perfección. El único que debería monopolizar nuestros sentimientos y encaminar la orientación de nuestra vida. Como cristianos, y más aún como religiosos, solo en él y con él seremos lo que somos llamados a ser y así viviremos con coherencia nuestra condición de consagrados. El mismo nos recuerda: sin mí nada pueden hacer. Permanezcan en mí y yo en ustedes...permanezcan en mi amor así como yo permanezco en el amor con el Padre (Jn 15, 5-10). Nuestro desafío como religiosos es el de permanecer en Cristo. O somos y vivimos en Cristo y con Cristo, o nuestra condición de religiosos no tendrá más sentido. Prescindir por un instante de ser y vivir con Cristo es caer en la mediocridad, o en el vacío de sentido auténtico, o en la superficialidad o en la incoherencia.

El beato Juan Pablo II, en el Nuevo Milenio Ineunte, exortaba a los cristianos a un nuevo encuentro diario con Cristo...y para que esto se dé tenemos que conocerlo, penetrar en su vida, asumir su mensaje, redescubrir su presencia viva y lo que implica su presencia en cada uno de nosotros. Esta exhortación nos debería interpelar todavía más a nosotros, religiosos, a descubrir a Cristo salvador y evangelizador...lo que significa descubrir que Cristo nos está salvando y santificando aquí y ahora. A conocer la verdadera identidad de Cristo...porque solo conociéndolo conseguiremos amarlo y asimilar sus sentimientos y dejarnos transfigurar por su modo de ser y de vivir. Cristo debe ser por tanto el centro y la fuente de nuestra vida, de nuestros amores. Como decía el Beato Juan XXIII: necesitamos colocar a Jesucristo en el centro de la historia y de nuestra vida. Los hombres, o se quedan con él y gozan de la luz, de su bondad, de su orden, de su paz o, por el contrario, viven sin él y sus vidas carecen de plenitud de sentido (Disc. Ap. Conc. Vat. II).

Los religiosos en virtud de nuestra consagración especial que nos configura, somos llamados a un tener un conocimiento especial de Cristo. Un conocimiento tan saturado de amor efusivo, que mantenga la inquietud por vivirlo, testimoniarlo y estar en él y con él. En la I Jornada Mundial de la Vida Consagrada, Juan Pablo II, recordando las expresiones del Concilio Vaticano II, nos exhortaba a volver a las fuentes de la vocación, es decir, a redescubrir el fundamento de nuestra vocación religiosa, que indudablemente radica en el seguimiento de Cristo...nos pedías además renovar el compromiso de nuestra consagración, que implica asumir y vivir hoy el estilo de consagración de Cristo.

En su conversión Agustín experimenta esta necesidad de volver a Cristo, recomenzar a partir de él. Su vida disforme y dispersa, encuentra su transformación en Cristo. Su conversión se convierte en este sentido en una configuración, en una conformatio según la forma de Cristo. Fue con el encuentro con la Palabra que él se consigue liberar de las cadenas que lo ataban para entregarse completamente al servicio de Dios y de su Iglesia. Nosotros también como religiosos y religiosas sentimos el peso de las cadenas que nos imposibilitan vivir con libertad como otros Cristos; que nos impiden vivir una existencia cristiforme y de esta manera poder dar testimonio de su presencia en el mundo. Nuestra vida consagrada pasa por momentos de deformidades, como la de Agustín, fruto, quizá, de una descentralización de

Cristo, de una dispersión que nos acabó centralizándonos nuestro ser y nuestro hacer en otros amores. Necesitamos, por tanto, volver a Cristo, recuperar en nuestras vidas y en nuestras comunidades la experiencia de Dios, fundante, que nos revitalize, que nos transforme, que nos conforme según la forma de Cristo.

En este nuevo milenio, necesitamos adherirnos más a Cristo, centro de la vida consagrada, y retomar con vigor un camino de conversión y de renovación que, como en la experiencia de Agustín, fue un partir desde Cristo. Sí, es necesario caminar desde Cristo, porque de él han partido los primeros discípulos en Galilea; de él han salido hombres y mujeres de toda condición y cultura que, consagrados en el Espíritu en virtud de la llamada, por él han dejado familia y patria y lo han seguido incondicionalmente, haciéndose disponibles para el anuncio del Reino y para hacer el bien a todos. Las personas consagradas pueden y deben caminar desde Cristo, porque él mismo ha venido primero al encuentro y les acompaña en el camino. Su vida es la proclamación de la primacía de la gracia, sin Cristo no pueden hacer nada; en cambio todo lo pueden en aquel que los conforta (Caminar desde Cristo III 21).

Necesitamos caminar desde Cristo, pero ¿qué significa caminar desde Cristo? Significa proclamar que la vida consagrada es especial seguimiento de Cristo, memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús, como verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Esto conlleva una particular comunión de amor con él, constituido el centro de la vida y fuente continua de toda iniciativa. Es como recuerda la Exhortación Apostólica Vita Consecrata, experiencia del compartir, especial gracia de intimidad, identificarse con él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida, es una vida afianzada por Cristo, tocada por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia. Toda la vida de consagración puede ser entendida desde este punto de partida: los consejos evangélicos tienen sentido en cuanto ayudan a cuidar y favorecer el amor por el Señor en plena docilidad a su voluntad; la vida fraterna está motivada por aquel que reúne junto a sí y tiene como fin gozar de su constante presencia; la misión es su mandato y lleva a la búsqueda de su rostro en el rostro de aquellos a los que se envía para compartir con ellos la experiencia de Cristo (CdC III 22).

Caminar desde Cristo significa entonces reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento. Suya es la primacía del amor. El seguimiento es sólo la respuesta de amor al amor de Dios. Si nosotros amamos es porque él nos ha amado primero. Eso significa reconocer su amor personal con aquel íntimo conocimiento que hacía decir al Apóstol Pablo: Cristo me ha amado y ha dado la vida por mí. Sólo el conocimiento de ser objeto de su amor infinito puede ayudar a superar toda dificultad personal y comunitaria. Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar la comunidad y abrir nuevos caminos de pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que las hace fuertes y audaces y el que les infunde el valor y osadía.

El *ordo amoris* por tanto no se trata de una simple reorganización de nuestros amores, sino de un hacer experiencia, de un redescubrir en nuestras vidas nuestro primer amor. El resto es consecuencia de todo eso, es decir, de reorganizar nuestros amores en función de aquel amor reencontrado y que para nosotros debe tener la primacía. Es inútil entonces si hacemos de este *ordo amoris* una simple revisión de nuestros amores y esto no nos lleva a hacer una experiencia verdadera y profunda de Cristo.

En el inicio de la vida religiosa, de nuestro fundadores y de cada uno de nosotros existe sin duda una experiencia de Dios. Una experiencia muchas veces difícil de traducir en palabras, pero profunda que cambió el rumbo de nuestra vida. Esta experiencia en el contexto de la vida religiosa se llama fundate o primaria. Sin embargo esa experiencia no siempre es algo definitivamente adquirido, pacíficamente poseído, o vivida con gusto. En muchos casos es un recuerdo, un anhelo, un enunciado teórico, más que una realidad. Sinceramente debemos reconocer que esto es así. Nos hemos unido a Dios y no hemos roto el vínculo que nos une con él, pero muchas veces vivimos en la medianía y en la rutina, en el conformismo y en una cierta ambigüedad, en el regateo más que en la generosidad y no por mala voluntad. No. Sucede que vivir la experiencia de Dios, y más aún con la intensidad que deseamos vivirla, no es fácil en nuestro mundo y en la situación en la que nos encontramos.

Cómo hacer entonces para sustentar esta experiencia de Dios en medio de las dificultades que desafían la vida religiosa hoy?

Como superar la insidia de la mediocridad de nuestra vida espiritual, el aburguesamiento, la mentalidad consumista, el eficientismo o el activismo instaurado entre nosotros que amenazan ofuscar nuestra originalidad? Cómo salvaguardar este núcleo esencial en medio de tantas insidias? En la instrucción Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio, de la Congregación para los institutos de Vida consagrada y las sociedades de vida apostólicas, encontramos algunas indicaciones que nos pueden ayudar a hacer más sustentable y renovada nuestra vida como experiencia con Cristo:

PALABRA DE DIOS

A través de una renovada escucha de la Palabra. Recuperando su centralidad. En particular es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital...que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia. Es allí, en efecto, donde el Maestro se revela, educa el corazón y la mente. Es allí donde madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta tener el pensamiento de Cristo. Es necesario que encendamos en nosotros de nuevo el celo que los orígenes, dejándonos invadir por el ardor de la Palabra. No Podemos negar la importancia que reviste esto para nosotros agustinos traspasados como Agustín por el celo y ardor de la Palabra de Dios. En este mundo de las Palabras, somos invitados a ser siervos de la única palabra que Salva.

ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

Fidelidad a la oración y a la contemplación. Sin una vida interior no se puede tener una mirada de fe y por consiguiente la propia vida va perdiendo gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y se hace imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo; los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuanto no privados de esperanza; la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva. Necesitamos por tanto volvernos a situar en la línea de la contemplación; necesitamos recuperar los momentos de intensa y profunda relación de amistad con Cristo de modo que podamos compartir en él la propia vida y recibir la luz para continuar el camino cotidiano. Una auténtica vida espiritual requiere que todos dediquemos regularmente todos los días momentos apropiados para profundizar en el coloquio silencioso con aquel por quien nos

sabemos amados. Este ejercicio requiere de nosotros fidelidad puesto que somos contantemente insidiados por la alienación y la dispersión proveniente de nuestra sociedad, especialmente de los medios de comunicación.

EUCARISTÍA

Partir de Cristo significa iniciar del momento más alto de su amor, la Eucaristía y rescatar al interno de nuestras comunidades y de nuestras vidas su centralidad como ámbito de encuentro con el Señor. En ella podemos realizar plenamente la intimidad con Cristo, la identificación con él y la total conformación con él a lo que los consagrados somos llamados por vocación. Pero para ella se produzca en plenitud los esperados frutos de comunión y de renovación, no pueden faltar las condiciones esenciales, sobre todo del perdón recíproco y el compromiso del amor recíproco. De esta manera somos inseridos en el misterio pascual diariamente renovado en la Eucaristía y así nos convertimos en testigos de comunión y señal profético de fraternidad para una sociedad dividida y herida.

Volver para lo esencial, repartir desde Cristo, significa, en fin, revitalizar nuestras comunidades de estos momentos privilegiados de encuentro con él, de intimidad con Cristo. Nuestra vocación, como la de nuestros fundadores, nació de este encuentro con Cristo y se alimenta, crece y madura a través de este contacto. En el libro octavo de las Confesiones, Agustín nos cuenta cómo nació su vocación, a partir del encuentro con la Palabra. Fue ella que cambió definitivamente su vida, sus aspiraciones, sus deseos, sus estructuras, sus paradigmas. Tu nos habías traspasado el corazón con las flechas de tu amor y traíamos tus palabras grabadas en nuestras entrañas. En esta última fase de su conversión, Agustín se reencuentra con Cristo. El ordo amoris le mostró lo que era lo esencial y desde donde debía repartir.

Una vez localizado el pondus es que podemos comenzar con la tarea de reorganización, reorientación y reestructuración de nuestros amores; tarea que no es otra cosa que la reconstrucción de nosotros mismos, de nuestras vidas, de lo que somos. La exploratio voluntatis, entrando en las profundidades de nuestro ser, nos ofrece la posibilidad, desde el interior, de operar el cambio fundamental de nuestras vidas. El ordo amoris no solamente toca y produce un cambio en nuestra vida moral, esto es, en nuestras actitudes, deseos y acciones, sino que también afecta

nuestra esencia, nuestra dimensión óptica, es decir, lo que somos. Se produce por lo tanto una transformación general, integral de toda la persona; una conversión total que nos hace diferentes, que nos hace renacer a una vida fundamentada, guiada e iluminada por la luz de la verdad que vive dentro de cada uno de nosotros.

RENOVAR LA PASIÓN DE LA VIDA: DE LA MANO DEL ESCRIBA.

Texto Dolores Alexandre

TIEMPO PARA EL ENCUENTRO PERSONAL

Dedicar un tiempo amplio para la lectura personal del texto "De la mano del Escriba", de Dolores Aleixandre en "Buscadores de pozos y caminos. Dos iconos para una vida religiosa samaritana". Conferencia (Congreso Internacional de la Vida Consagrada, Roma 2004). Se ofrece un cuestionario para ayudar a la reflexión personal.

"Si el Escriba agarrara nuestra mano ¿Qué nos diría y hacia dónde nos llevaría? Quizá nos citaría junto a su mesa de trabajo, llena de viejos rollos manuscritos y comentarios a la Torah y nos contaría cómo se habituó desde niño a la observancia escrupulosa de la Ley y a no quebrantar a sabiendas ni una sola de sus prescripciones. Su preocupación constante era la de saber cómo llegar a vivir una vida "eterna", es decir, "verdadera", más allá de las limitaciones del tiempo, la fragilidad y la caducidad de las relaciones, una vida plena, honda, desbordante... Con tal de encontrarla había consagrado su existencia a leer y a investigar y por eso se reunía con otros Escribas para discutir con ellos y consignaba después sus descubrimientos en pergaminos que conservaba celosamente. Maestro del saber, con influencia y prestigio, había pasado los mejores años de su juventud escudriñando las Escrituras, pero las enseñanzas que había llegado a dominar se habían convertido para él en una carga agobiante que le asfixiaba y lo atrapaba dentro de una red tejida con hilos de complicadas argumentaciones y sutiles disquisiciones.

Le habían hablado de un galileo itinerante al que rodeaba un grupo de discípulos y que iba dejando a su paso una huella de alegría y libertad. Se decidió a dirigirse a él: quizá existía algún texto de la Torah desconocido para él pero comentado por es-

tudiosos de alguna sinagoga de Galilea que podía hacer crecer su conocimiento acerca de la vida verdadera. Con una mezcla de curiosidad y de arrogancia ("¿de Nazaret puede salir algo bueno?") le planteó su pregunta y comprobó con desencanto que Jesús le remitía a la respuesta ya sabida de la ley. Citó el texto del Shema con el tono plano de quien lo ha repetido mil veces de memoria: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...y al prójimo como a ti mismo". Pero irritado después por la imagen de simplicidad que estaba dando, decidió probar los conocimientos del galileo y le preguntó: "¿Y quién es mi prójimo? "Y entonces vino el sobresalto", nos confesó. En vez de seguirse moviendo en los códigos que me eran familiares, aquel extraño maestro se puso a contarme una historia sorprendente que no tenía nada que ver con lo que yo había aprendido. En ella todo se volvía del revés: las figuras que yo respetaba y admiraba, el sacerdote y el levita, quedaban descalificadas; el nombre de Dios no era pronunciado en ningún momento y la única alusión lejana a su Ley (la prohibición de tocar un cadáver), era abiertamente quebrantada. Pero fue sobre todo el final lo que me resultó definitivamente intolerable: me proponía como modelo de conducta y de aprendizaje para hacerme prójimo, a un hereje samaritano cismático.

Intenté huir, pero la mano de aquel desconocido había agarrado la mía y me había sacado a campo abierto, hasta plantarme en una encrucijada en la que ahora me encuentro: me invita a dejar atrás todos los caminos ya frecuentados y a aventurarme por uno absolutamente desconocido y lleno de incógnitas. No me exigía renunciar a la herencia recibida, sino a crear a partir de ella algo nuevo e inédito. Mis viejos saberes y seguridades comienzan a parecerme inservibles y el vértigo se ha apoderado de mí. Estoy alarmado porque, sin querer, comparo el personaje del Samaritano con las figuras del sacerdote y el levita, símbolos de las conductas que durante años han nutrido mis convicciones y me doy cuenta con asombro de que están empezando a cambiar de signo para mí: sus vidas me parecen anquilosadas y estériles, se expresan en una lengua muerta que ya no habla, los veo víctimas de costumbres muertas y frías, acomodados a dictámenes y convencionalismos externos, mercaderes de un discurso vacío, profesionales ateos del discurso sobre Dios. He comprendido por qué en la historia de Jesús, dieron un rodeo ante el hombre medio muerto: su corazón estaba atrofiado e insensible, incapacitado para reaccionar ante lo inesperado y li-

berarse de mecanismos habituales y rutinarios. Se sabían de memoria, lo mismo que yo, el mandamiento de amar al prójimo, pero su cabeza no estaba conectada con su corazón y huyeron del prójimo real que los desafiaba con su concreción.

Va creciendo en mí lentamente la intuición de que la vida que voy buscando no está vinculada a leyes, templos, ritos, edificios o costumbres, sino a esa palabra en la que Jesús puso toda la fuerza de su relato: la compasión. El imperativo que me ha dirigido "haz tú lo mismo" gravita sobre mí y me debato entre retornar al mundo ya conocido de mis certezas sacadas de los libros, o a entrar en contacto con seres humanos de carne y hueso y descubrir que es junto a la gente más hundida donde se aprende la vida eterna". ¿Y si nos atreviéramos a reconocernos, como en un espejo, en el personaje del Escriba? ¿Y si sus palabras pusieran nombre a nuestra costumbre de refugiarnos en el mundo aséptico de las teorías, en la satisfacción de las rotundas declaraciones, en la tranquilidad de una vida ordenada, cumplidora y entumecida, en la protección de horarios inmutables y de tapias a veces invisibles, a salvo del rumor de la vida que transita lejos de nosotros y de las lágrimas, los gritos, las risas o las esperanzas de los que viven y mueren en las afueras de nuestro mundo? ¿Cómo evitar que la aventura que un día emprendimos, nacida de un enamoramiento apasionado por el Señor y su Reino, derive hacia una tibia moderación y se convierta en un aburrido cumplimiento de normativas y costumbres?

Estamos experimentando la frustración de no haber atinado del todo con la búsqueda de la vida plena y desbordante en la que quisimos empeñar nuestra vida: nos sentimos cansados de palabras sin significación y hambrientos de ver, tocar y sentir; hemos alcanzado un punto de saturación en cuanto a declaraciones, documentos y teorías sobre lo específico de nuestra identidad, cuando lo que importa no es lo que proclamamos, sino lo que vivimos. ¿No estaremos gastando nuestras energías en conservar y retener una figura de Vida Religiosa y unas formas históricas que nacieron criticables y provisionales? ¿No estamos ya en el momento de dejar de repetir lo que ya veníamos haciendo, sino de abrirnos a lo que está delante de nosotros, a la novedad que el Espíritu está creando?

Posiblemente estemos necesitando los consejos del Escriba: "Abandonad vuestro mundo de realidades virtuales, como yo

sacudo el polvo de mis legajos; apagad aunque sea momentáneamente los ordenadores en los que conserváis celosamente organigramas, reglamentos, proyectos sociales o planes pastorales y salid a las calles y a las plazas a escuchar el rumor de la gente real y a ensanchar vuestras superficies de contacto con ellos. No esquivéis los itinerarios peligrosos, porque la novedad emerge siempre fuera de los lugares seguros, protegidos y convencionales. Abríos a una espiritualidad de la intemperie y a soportar la perplejidad sin poner os a la defensiva, arriesgaos a desaprender muchas viejas prácticas y a reaprender la práctica silenciosa del amor concreto, porque será eso, en vez de su monótona proclamación, lo que hará resplandecer vuestra vida. Poned más interés en descubrir necesidades que en conservar herramientas y en inventar respuestas más que en repetir fórmulas, traeos a casa las cuestiones fundamentales que habitan a la gente: la vida, la muerte, el amor, la verdad, la paz, el futuro de la tierra. No os empeñéis en seguir ofreciendo respuestas estándar que han sobrepasado ya su fecha de caducidad ni os dejéis paralizar por el desánimo: "precisamente porque las cosas se han agravado tanto, está permitida esperanza".

No os lamentéis de la insuficiencia de vuestros esfuerzos por "transfigurar" vuestra vida: tampoco yo conseguí alcanzar por mí mismo la vida que buscaba; alegraos si os habéis quedado sin palabras significativas para definir vuestra identidad: el Samaritano no necesitó pronunciar ninguna para acercarse al herido y curarle. Sencillamente lo hizo.

No tratéis de escapar cuando la vida os lleve a situaciones de desestabilización y de crisis, de desgarramiento y de ruptura y se queden en suspenso los privilegios teológicos que os sostenían, porque sólo cuando renunciéis a definir os por comparación con los demás se desplegará lo más auténtico que hay en vosotros. La vida que habéis abrazado no es un modelo ético, ni un relato fundador, sino una pasión, una aventura, un riesgo, un itinerario a recorrer con los ojos y los oídos abiertos y en el que la única brújula que guía a la meta es la de la misericordia y la ternura. Dejad que, como a mí, os sacuda el imperativo: "Vete y haz tú lo mismo". Ante de vosotros están abiertas las grandes avenidas de la adoración y la compasión que desembocan en "vida eterna". Dichosos vosotros, si elegís caminar por ellas".

CUESTIONARIO PARA COMPARTIR

1. Desde tu vida, tu historia personal-vocacional, tus opciones... y desde tu comunidad, déjate preguntar por Jesús y responde: ¿"Quién es mi prójimo"?
2. ¿En qué vas fundamentando y fundando la búsqueda de una "vida verdadera"?
3. ¿A qué te sientes invitado hoy por Jesús? ¿Qué es lo que te pide Jesús? ¿Qué lectura vas haciendo de tu vida de consagrado?
4. ¿Qué ecos tiene en tu historia y en tu presente la palabra "compasión"?
5. Haz una lectura de los diferentes personajes del relato. Ponte en la situación personal de cada uno, y responde a la sentencia final de Jesús: "Haz tu lo mismo". ¿Dónde te colocas? o ¿En qué te "descoloca"?
6. "¿Y si nos atreviéramos a reconocernos, como en un espejo, en el personaje del Escriba? ¿Y si sus palabras pusieran nombre a nuestra costumbre de refugiarnos en el mundo aséptico de las teorías, en la satisfacción de las rotundas declaraciones, en la tranquilidad de una vida ordenada, cumplidora y entumecida, en la protección de horarios inmutables y de tapias a veces invisibles, a salvo del rumor de la vida que transita lejos de nosotros y de las lágrimas, los gritos, las risas o las esperanzas de los que viven y mueren en las afueras de nuestro mundo?"
"¿Cómo evitar que la aventura que un día emprendimos, nacida de un enamoramiento apasionado por el Señor y su Reino, derive hacia una tibia moderación y se convierta en un aburrido cumplimiento de normativas y costumbres?"
7. ¿Qué significa en tu vida personal: "...lo que importa no es lo que proclamamos, sino lo que vivimos"?
8. ¿Cómo reflejarías en tu Proyecto Personal y en el Proyecto Comunitario "vivir una espiritualidad de la intemperie"? Concrétalo en algunas líneas de acción.
9. ¿Cómo describirías en tu historia personal esos momentos (o experiencias) intensos y desgarradores de una vida de pasión? Comparte esas experiencias y sentimientos.

TIEMPO PARA EL ENCUENTRO COMUNITARIO

En clima fraterno, compartir la reflexión personal y los ecos que ha tenido el texto. Priorizar aquellas cuestiones que son relevantes tanto en el contexto personal, como en el comunitario.

Este segundo momento, puede ayudarnos a revisar nuestros Proyectos Personales y Comunitarios de vida:

- a) Tres líneas de acción que voy a retomar en mi Proyecto Personal.
- b) Tres líneas de acción que vamos a potenciar en nuestro Proyecto Comunitario y que van a reforzar nuestra Comunidad en búsqueda de la vida verdadera, bajo la sentencia de "Haz tú lo mismo": La Comunidad un espacio donde se vive una "espiritualidad de la intemperie"... Una Comunidad donde se conjuga la "compasión"...



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín